

Vais a decir  
que estoy loco  
ANDREU MARTÍN



«Ahora me duermo, ahora me despierto, ahora me duermo.» Así es la vida de Francesc Ascás, un extravagante joven que oye voces y dice cosas raras, que dibuja cómics y está enganchado a las predicciones de una maga televisiva, y todo ello encerrado en el piso donde vive, con la única luz que le ofrecen las rendijas de las persianas bajadas. Hasta que un día aparece muerta Blanca Benito, su vecina y única amiga, y será entonces cuando la policía lo acusa de homicidio, por ser el loco de la escalera, porque ya se sabe que un loco es capaz de todo.

Bajo esta trama, Andreu Martín nos adentra en una rueda de la fortuna rebotante de imprevistos y sucesos de todo tipo, donde finalmente todo el mundo te toma por loco porque «los locos siempre dicen que no lo están, de manera que cuando uno dice que no está loco, enseguida piensan que está como una cabra». Y precisamente aquí es donde el lector jugará un papel relevante: descubrir quién realmente lo está y quién no, quién dice la verdad y quién miente, y cuáles son las voces equívocas. Una novela llena de intertextualidades, personajes rocambolescos y lugares emblemáticos, algunos ya muy conocidos dentro del universo del escritor.

Después de títulos como *El Harén del Tibidabo*, *Todos te recordarán* y *La favorita del Harén*, Andreu Martín vuelve para ofrecernos una historia colmada de ambigüedades y con una temática que le apasiona: los trastornos y las psicopatías.

## Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

## 1

Me parece recordar que ayer noche,  
no estoy muy seguro de ello porque me dormí, tenía  
mucho sueño, la televisión me da sueño y ahora me duermo  
ahora me despierto, pero estoy casi seguro,  
seguro, seguro,  
que anoche Ada Maga se dirigió a mí desde la tele,  
sí, sí, a mí, a mí personalmente,  
recuerdo con exactitud cómo me miró desde la pantalla  
del Samsung, y dijo «Francesc, esta va por ti» antes de  
echar las cartas.

Y, mientras interpretaba el mensaje de los arcanos, me  
echaba ojeadas cargadas de intención y picardía, «atento,  
que te estoy hablando a ti, Francesc, esta va por ti».

Y dijo:

—La carta que te representa, Francesc, es la del Loco,  
(era evidente que me estaba dedicando la representación)

te veo desorientado, agobiado, buscando un norte y  
una guía, y aquí, la Torre nos dice que estás confuso, que  
tienes miedo, porque la torre se rompe y nos anuncia un  
cambio brusco, quizás traumático, pero no tienes que preocuparte  
porque aquí están las Estrellas, que significan buenas perspectivas,  
que tendrás suerte, que vas a salir airoso. Y hay una señora que  
te ayudará. La Rueda de la Fortuna nos confirma el cambio  
imprevisto y feliz. Cambio imprevisto protagonizado por una  
mujer, como te decía, como nos confirma la presencia, aquí,  
de la Papisa, una mujer madura

y sabia, una consejera, una musa que te conducirá hacia la luz. Los pensamientos y las intenciones de esta mujer están representados por el Diablo, pero no tengas miedo. El Diablo significa que su influencia será magnética, irresistible, mágica, te sentirás embrujado, poseído, quizás te resultará un poco doloroso, pero tienes que dejarte llevar porque ya te he dicho que todo sucederá para bien. Es una influencia positiva, es un cambio para mejorar, como certifica aquí el Mago, lleno de habilidad, de audacia, un ilusionista que manipula y hace milagros y provoca ilusiones, una persona libre e independiente.

Quizás hayas hecho algo malo,

(dijo, algo malo)

tú sabrás lo que has hecho,

(dijo, algo malo, tú sabrás lo que has hecho)

pero aquí, el Ahorcado garantiza que todo lo que te encuentres solo será negativo en apariencia. Al final, te espera el perdón, el descanso, la curación, la mejora. Y, de cara a un futuro lejano, no podía salirte una carta mejor que esta.

La Muerte.

La carta de la Muerte representa la salvación, el cambio radical, el viaje hacia la luz.

Yo ya lo sabía: en *Las clavículas de Salomón*, la Muerte está representada por la Letra Mem y significa el renacimiento, la inmortalidad a través del cambio, la transmutación.

Ada Maga decía todo esto mirándome a mí, directamente a mí, fijamente, obsesivamente, desde el televisor, y me llamaba Francesc, o sea que me conoce lo bastante bien como para tutearme, y ahora estoy mirando a la calle.

Pero no he salido al balcón.

Para que no me vean.

Estoy dentro de casa y atisbo a través de las rendijas de la persiana cerrada a medias. Como estoy en un tercer piso, casi no veo nada. No veo la acera, delante del portal, y

muy poco de la calzada porque se interpone un plátano de copa frondosa y amarilla. Pero ya me hago una idea de la situación.

Policías de uniforme que van de un lado para otro, y policías de paisano que escriben cosas en un cuaderno o hablan por el móvil con cara de cabreo. Y un intermitente azul que hace un momento tenía más presencia, porque aún era oscuro, y ahora se va desvaneciendo porque amanece.

Llega un coche negro, brillante, recién lavado. Trae a alguien muy distinguido porque se espera en el interior hasta que un agente uniformado le abre la puerta.

Es el juez.

Un juez gordo de movimientos pesados que hace gestos de figurín elegantísimo. Se abrocha un botón de la chaqueta como quien dice «Mirad lo que sé hacer», y esconde barriga, y tira de los faldones por detrás como para ocultar un culo que nadie le miraría por gusto. Detrás de él baja un hombre más insignificante, con alma de esclavo. Lleva una carpeta de cuero, o de plástico negro.

Es el secretario.

Luego, una mujer joven y delgada, alta, la prota de la película, con un jersey gris porque ya empieza a refrescar, falda, zapatos de medio tacón, nada espectacular. Discreta. Probablemente madre de familia.

Es la doctora. La forense.

Tocará a Blanca. La manoseará. Le levantará el antiguo camisón hasta la cintura y hurgará en su cuerpo. Manos manchadas de sangre.

Me cabreo. Me rebelaría si pudiera. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Porque eres un imbécil. Llevas años preparando este momento.

Dos años. No más de dos años.

Dos años son muchísimos cuando se tienen veintiuno. Años preparando este momento y, a la hora de la verdad, la cagas.

Sí, sí, la cagas. Sí, sí, la has cagado mucho. Como un idiota baboso.

El corazón me late tan fuerte que me castañetea los dientes, y el cerebro también empieza a latir y me gustaría romper algo.

Llaman a la puerta.

Todavía estoy de pie espiando por la persiana y me tiemblan las piernas.

Salgo al balcón que une el salón con la habitación de al lado, cierro los ojos para que desde la calle no me vea ningún policía, que nadie grite, que nadie me dispare, y vuelvo al interior del piso, a lo que debería ser el dormitorio principal y donde ya hace tiempo que desmonté y arrinconé la cama para construir, con maderas, cartones y plásticos encontrados en contenedores de basura, la maqueta de un castillo medieval donde transcurrían algunas escenas de mi primer álbum, *Equis se escribe sin x*.

De allí salgo al estrecho —estrechísimo— espacio de pasillo ahogado entre dos estanterías metálicas y tengo que arrimarme a la pared para deslizarme hasta el minúsculo vestíbulo.

Abro la puerta del piso y encuentro en el rellano a dos policías de uniforme, un hombre y una mujer, jóvenes, amables, inocentes, relajados, como malos actores interpretando un papel que no se corresponde con el vestuario que les han puesto. «Hola, somos testigos de Jehová», no me vengáis con chorradas, no sois testigos de Jehová, que lleváis uniforme, joder.

—Buenos días. ¿Es usted Francesc Ascás, el inquilino de este apartamento?

—Soy el propietario. ¿De dónde han sacado mi nombre?

—De abajo, del buzón.

—¿Con qué permiso? ¿Tienen una orden judicial?

Sonrisas como abusos de poder. Miran detrás de mí, frunciendo el ceño ante el montón de libros que forma una

barrera tan cerca de la puerta.

—Para leer los buzones no hace falta una orden judicial —dice la policía hembra—. Solo queremos preguntarle si sabe algo del incidente de esta noche pasada en el piso de abajo.

Me quedo con la palabra «incidente».

—¿Preguntarme? ¿Interrogarme?

—¿Puede decirnos algo?

—¿Y mis derechos?

—Luego hablaremos de sus derechos. Pero ¿sabe algo del incidente de esta noche en el piso de abajo?

Vuelta con el incidente.

—¿Qué ha pasado esta noche en el piso de abajo? —replico.

—¿No sabe nada?

No se lo creen. Es acoso. Me están acosando con su abuso de autoridad. Sudo y me tiemblan las manos.

No pueden apartar su mirada de la estantería que les cierra el paso. Es un muro multicolor de lomos de libros de Dana Gibson, Munch, Paul Klee, Hopper, Van Gogh, Fortuny, Opisso, Jordi Benito, Egon Schiele. A mí se me pondrían ojos de niño el día de Reyes por la mañana. A ellos, no.

—¿Se pueden identificar, por favor?

El policía hombre señala con su índice el número de cinco cifras que lleva pegado en el pecho.

—Este es mi número. Tome nota, si quiere. —La mujer también se toca el pecho—. Pero ¿por qué se resiste a contestar a nuestras preguntas?

Muy afectuosos los dos, pero acusadores, inquisidores. Sospechan de mí. Si no contesto a sus preguntas, es como si me declarase culpable y me arrastrarán al calabozo a hostias.

En defensa propia:

—Porque sí que quiero contestar a sus preguntas.

Con un rictus que significa «pero ¿no ven que soy inocente?».

—¿Entonces?

Silencio.

—¿Entonces? —repito.

—Si quiere contestar, conteste.

—¿Qué quieren saber?

No se inmutan. Obstinadamente complacientes, repiten la pregunta y están dispuestos a repetirla tantas veces como haga falta.

—¿Qué sabe del incidente que ha sucedido esta noche en el piso de abajo, en el primero primera?

El corazón me late muy fuerte, tengo que abrir la boca para respirar bien. Tengo mucho sueño.

—¿Qué ha pasado?

—¿No sabe lo que ha pasado?

No me creen.

—No.

La policía mujer se decide y me suelta la noticia con ganas de hacer daño:

—Alguien ha matado a su vecina, la señora Blanca Benito.

¡Pam!

Es una prueba. Los dos contemplándome obsesivamente, atentos a mis reacciones. Según lo que haga, lo que diga, según qué músculo mueva, caerán sobre mí y me pondrán las esposas. No quiero parpadear, tengo que cuidar lo que hago con las comisuras de los labios, me encuentro mal, me dan ganas de dormir, la taquicardia hace que me tambalee. Como tengo que decir algo, suelto un ruido descontrolado:

—Qué. —Así, sin entonación.

—Que alguien ha matado a su vecina, la señora Blanca Benito —repite la mujer policía con saña.

La llama Blanca. Me parece bien. Detesto que la llamen la Beata; en todo el vecindario, en todo el barrio, la llaman

la Beata y me da rabia. No es una beata. No era una beata. Tenía un sagrado corazón en el recibidor, y una virgen en el pasillo y una santa cena en el comedor, y usaba aquel antiguo camión cerrado en el cuello y por debajo de las rodillas, pero no era una beata. No puedo evitar que unos lagrimones densos, pesados y cálidos se deslicen por mi rostro.

—Lo siento —dice la policía hembra.

—Eran muy amigos, ¿verdad? —pregunta el policía macho.

—Qué. —Es el único sonido que sale de mis pulmones. No puedo articular palabras. Y no tengo que hacerlo.

—Un vecino nos ha dicho que la visitaba a menudo.

—Sí —llorando como un niño, viendo a los policías a través de una cortina líquida. No puedo evitarlo, no puedo hablar, no tengo que hablar.

—Nos han dicho incluso que usted tiene una llave del piso de la señora Blanca.

Eso ya es una acusación. Si reconozco que tengo una llave de abajo, me matarán.

—No. No tengo una llave. Es mentira. Yo no sé nada. Yo estaba durmiendo.

—¿No ha oído ruido de pelea? ¿Gritos? Los otros vecinos dicen que ha habido mucho jaleo.

—No. —Lloro y lloro. Desconsolado. Me hundo—. No puedo más. Tengo mucho sueño. Estoy enfermo. Tomo pastillas.

No me ayudan, no me sujetan para que no me caiga, no me preguntan si me encuentro bien, si necesito un médico. Dicen:

—¿Quieres decirnos algo, Francesc? —tuteándome, los cabrones, tuteándome para ablandarme. Niego con la cabeza, no me vais a liar. Insisten, sádicos—: Vamos. Ayer por la noche, ¿no bajaste a ver a Blanca?

—No.

—¿Seguro?

—¿Qué nos quieres explicar?

Hago un esfuerzo. Si no les digo algo, me electrocutarán con el Taser, me pegarán puñetazos y puntapiés.

—Que le gustaban mucho mis dibujos. Que me invitaba a tomar el té. Preparaba muy bien el té.

—¿Y no discutisteis?

—No. Nunca discutimos. Reíamos. A ella le gustaban las chicas de mis dibujos. La Tina y la Transi, con esas tetas que les pongo. «Las tetas», decía Blanca, «las tetas».

—Pero te hizo enfadar.

Quiere decir: «Te hizo enfadar y la mataste».

—¡No me hizo enfadar nunca! ¡Solo se reía con mis cómics!

—¿Se reía de tus cómics?

—No. Le hacían gracia. Y a mí me hacía gracia que le hicieran gracia. Por favor, ¿qué me están diciendo? ¿Que la han matado? ¿Quién la ha matado?

—Yo no lo sé —dice ella—. ¿Quién la ha matado, Francesc?

La miro. A ella y a él, primero a una, luego al otro.

—Yo no.

Se para el mundo.

—¿Así que, entre las tres y las cuatro de la madrugada, estabas...? —a punto para anotar lo que le diga.

—Durmiendo. Estaba durmiendo. No he oído nada. No sabía nada.

—Bueno, pues muchas gracias —dando la entrevista por terminada.

—Muchas gracias —dice el poli macho, a regañadientes, frustrado porque no puede ponerme las esposas.

Cierro la puerta con mucho cuidado para no provocar un estrépito que parezca irrespetuoso. Se me cierran los ojos. Las piernas se me ablandan. Caeré al suelo desmayado de un momento a otro. Tengo que dormir.

Paso por la habitación de la maqueta medieval con miedo de caer sobre ella y destrozarla. De su interior, salen ciento veinticinco mariposas invisibles que me acompañan

revoloteando alrededor de mi cabeza. No puedo verlas pero, si presto atención, puedo percibir la vibración de sus alas, la caricia del aire que desplazan. Me acompañan cuando salgo al balcón con miedo de saltar a la calle y, a la luz del alba, los ojos se me llenan de pequeñas chispas fugaces, como si los rayos solares rebotaran en los movimientos de los lepidópteros, que hacen mucho más respirable la atmósfera. El cielo es azul y destacan en él dos líneas blancas, muy rectas. Son aviones de guerra que sobrevuelan la ciudad para calcular cuántas bombas deberían soltar para matarnos a todos. Llego a mi habitáculo chocando con los estantes metálicos llenos de libros de cómics, de ilustración, de pintura, novelas, tratados de demonología, muchos CD y DVD. El catre está junto a la mesa de dibujo. Las sábanas están revueltas y sucias, pero no tengo tiempo de alisarlas.

Me desplomo.

Me desplomo desde lo alto de un acantilado.

Abajo, el mar

vuelo

como una gaviota.

Soy una gaviota.

No noto el golpe contra la superficie del agua y ya estoy sumergido en líquido amniótico.

¿Tengo problemas respiratorios?

Me da igual.

Es tan agradable sentir que te mantienes alejado de todo contacto material.

## 2

Ya he salido de casa. Ya estoy en la calle.

Es uno de esos días especiales en que los árboles se mean en los perros. Hace un viento arrasador que les sacude las copas y les arranca las hojas y cabecean enfurecidos, con ganas de hacer daño. Cuando se les acerca un perro y levanta la pata, lo rechazan con una meada inesperada. No sé de dónde les sale el líquido que expelen, si es savia o látex o qué, pero los chuchos se llevan un buen susto y gruñen y enseñan los dientes. Asistimos al inicio de una guerra a muerte. Los árboles replican al fin, pero los perros no tardarán en contraatacar.

Hay otros mundos y están en este, dijo Paul Éluard. Lo que no dijo Éluard es que, si eres capaz de ver y vivir esos mundos, te llaman loco y te marcan con la cruz de la mierda. Hay aviones, y coches, y camiones, y motos, y martillos hidráulicos, y perforadoras, y generadores, y gritos de miles de víctimas angustiadas, y los peatones fingen que no oyen nada, todos embobados con sus móviles y sus tabletas. No quieren oír el alboroto y no quieren ver los demonios reptilianos y venenosos que corren entre sus piernas.

Un hombre desgarbado y sucio duerme a la puerta de un banco, junto a mi casa. Me pregunto si será publicidad. ¿O tal vez una metáfora?

Voy diciendo «No pienses en Blanca, no pienses en Blanca, no pienses en Blanca, no pienses en Blanca», para no pensar en Blanca.